

LIBROS

DE LA MUERTE DE OBREGÓN A LA FUNDACIÓN DEL PRI

POR FEDERICO CAMPBELL

Rafael Loyola Díaz, *La crisis Obregón-Calles y el Estado mexicano*, Ed. Siglo XXI, México, 1980.

Como paralelas imperfectas en un grado imperceptible al principio, las vidas de Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles —luego de los años de gloria militar, el aniquilamiento de la rebelión delahuertista, y la entronización definitiva en el poder del grupo aguaprietista— empiezan a bifurcarse en el instante en que el divisionario de Huatabampo decide volver por sus fueros y reelegirse en 1927.

Probablemente no pudo apreciarse con toda claridad en la época, entre 1927 y 1929, cuánto difería el proyecto de país que Calles tenía en la cabeza de la concepción caudillista que representaba Obregón. Tal vez no haya podido juzgarse entonces la pobreza de ideas que el general Francisco R. Serrano proponía en su programa. Tampoco es posible que la precipitación de los acontecimientos políticos haya permitido valorar con precisión cuál fue el papel de Luis N. Morones y de Calles ante el asesinato del primer, único y último presidente que buscó la reelección.

Estas interrogantes han servido de detonador a Rafael Loyola Díaz para indagar en el crucial periodo (que va de la muerte de Obregón el 17 julio de 1928 al 4 de marzo de 1929 en que se funda el Partido Nacional Revolucionario) qué circunstancias y hechos entraron en juego como punto de partida para llegar a conformar el Estado mexicano actual.

De entrada, es evidente que Loyola Díaz (del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM) concibe al Estado como un producto muy particular y específico de ciertas condiciones históricas y materiales de orden nacional no desligadas, por supuesto, de las fuerzas que desde el exterior resuenan en todo país. No se preocupa demasiado por justificar su cuadro teórico, pero queda suficientemente nítido en su exposición cuál es su visión de la historia, qué función concede a los individuos protagonistas, y en qué términos concibe y amplía su noción de Estado, especialmente cuando en una nota al pie de página deja que dircurran las palabras de Antonio Gramsci en torno al Estado, ese

“...conjunto de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados...”.

Nunca habla de “Revolución” ni de “revolución” sino de “guerra civil”. Percibe en los últimos meses de la presidencia de Calles la necesidad y el deseo de “delinear una nueva forma de Estado” distinta a la del porfiriato que con otro estilo, y con el apoyo de “otros” grupos sociales, desarrollara “otro” capitalismo.

Ya se notaba un primer afán institucionalizador durante los gobiernos de Carranza y Obregón, se tendía hacia “la construcción del nuevo sistema de poder y su realización en un nuevo Estado, con sus instituciones y sus prácticas de dominación”. Pero si bien Calles intuía este proyecto no sucedía lo mismo en las mentes de quienes, por méritos en campaña, añoraban el placer del poder. Entre el ejército y sus facciones diversas, “las organizaciones de masas y los cacicazgos”, sobrevivía un poder fragmentado que no de disolvió del todo con la rebelión delahuertista de 1923.

No habían cambiado mucho las cosas cuando Obregón decide volver de su hacienda del Nainari. “El obregonismo y el callismo no armonizaban del todo”, acepta Loyola Díaz, pues no estaba en los planes de Calles que se le impusiera de nuevo Obregón.

Salva muy bien Loyola Díaz su concepción del papel protagónico que los individuos, sus psicologías y sus voluntades, tie-

nen en el devenir de la historia que encuentra “su explicación en el rumbo y poder de las fuerzas sociales y de los grupos políticos”.

Es decir, las individualidades no operan en el “vacío” histórico y Calles no hizo lo que tuvo que hacer porque lo deseaba, crear el PNR, institucionalizar la banca de Estado, sino para obrar en consecuencia de la crisis política que se desencadenó al morir Obregón. Es posible inferir, entonces, que con el desgaste de las legiones delahuertistas y sus numerosos y capaces generales, con el aniquilamiento de Serrano y Gómez y sus seguidores, y con el interés por legalizar, institucionalizar, toda la organización del país, se haya conjurado desde esa época la posibilidad de sucesivos cuartelazos a la boliviana. Corresponde a la “filosofía” de la historia y a estudios como éste de Loyola Díaz este tipo de especulaciones que friamente “privilegian” (como dicen los que estudiaron en Francia) la eficacia política por encima del homicidio de Estado.

El pobre de Serrano queda, pues, en el lugar que parece corresponderle: el de la mediocridad política: en todas partes andaba anunciando que daría el golpe, “se preocupó más del complot militar que de ganar adeptos en su gira electoral”, sólo visitó Puebla, se lanzó demasiado tarde, permaneció la mayor parte del tiempo en la ciudad de México “haciendo los preparativos para un levantamiento militar, confiando completamente su triunfo a dicho tipo de medida”, y, por el contenido de su programa, “se ubicó atrás de Obregón en cuanto a la actitud frente al capital extranjero”. Su desventaja era clara frente al populismo de Obregón.

Ya lo había advertido el presidente Calles: su gobierno sabría castigar a quienes se rebelaran.

“Cualquier discusión que intente exonerar a Calles de su responsabilidad en el castigo que se dio a los dirigentes de la rebelión, se ubicará en un campo de poca importancia para el análisis político. Gómez y Serrano se habían enfrentado al Estado constituido, intentando subvertir la dominación; Calles, como principal jefe político, no podía tolerar las amenazas a su poder y al del Estado que encabezaba, por lo que actuó con la firmeza que el caso requería: aplicando todo el poder represivo del Estado a quienes habían atentado en su contra”, concluye Loyola Díaz dando por cierta, por hecho consumado, la improbable tesis de que la noche del 2 de octubre estallaría la rebelión en Balbuena. Desgraciadamente, tampoco hay testimonios veraces de que el general Amaro y sus paleros dieron la apariencia de que, con gritos y movimientos defensivos de tropas, el levantamiento se suscitara en esa fecha.



¿No es posible que haya sido la perfecta coartada de los asesinos? Nunca lo sabremos.

“Obregón obviamente deseaba la destrucción de sus oponentes, por lo que estaba dispuesto a apoyar cualquier iniciativa en ese sentido”, dice Loyola Díaz.

La razón de Estado, el “poder represivo” de ese Estado que se conforma en ese periodo “coyuntural”, es la que, ante la mirada serena, objetiva, y científica del historiador, viene a prevalecer. Así son las cosas. Así es la historia. Desgraciadamente.

Pero como un historiador no es un inspector de la policía, sino gente seria, no podemos por tanto exigirle pruebas ni verdades completas ni, mucho menos, juzgar su libro por lo que no se propone.

Tanto la muerte de Serrano como la de Obregón, en cuanto a sus culpables o responsables, quedan en la ambigüedad histórica o en la improbabilidad del derecho procesal penal, y son de poca monta para el “análisis político”.

Que Calles haya tenido sus cartas guardadas al esperar del laborismo de Morones otra oposición a Obregón, y que no haya desautorizado los ataques del dirigente de la CROM al caudillo reeleccionista, es algo que puede imaginarse sin mucho margen de error. No deja de ser curiosa la disidencia de Morones, miembro también del gabinete callista en la Secretaría de Industria, justamente cuando todo el poder ya estaba en los obregonistas.

En esos días José de León Toral, pistola al cinto, ya andaba buscando y esperando a Obregón en la que ahora se llama avenida Alvaro Obregón y en un restaurante de Insurgentes Sur donde se tomó una cerveza antes de dirigirse a La Bombilla y acribillar al huatabampense.

“Para tal propósito —aclarar las consecuencias políticas del asesinato— no es necesario indagar en los archivos policiacos; sólo bastará descubrir el trasfondo del proceso que se inició con la desaparición del último caudillo revolucionario”, explica Loyola Díaz. Y: “El comportamiento de Morones plantea interrogantes. Algunos estudiosos del periodo han sugerido que Morones pudiera haber estado involucrado en el desenlace que tendría el héroe de Celaya, pero ubican el problema en el nivel de una pesquisa de índole poliaca.”

No tenía Obregón por qué no aplicar su olfato militar a la política y, así, como hizo con Gómez y Serrano orillándolos a la situación límite de la asonada para colocarlos en la ilegalidad y no pudieran dar marcha atrás, desplegó con Morones la estrategia de acorralarlo para que él mismo se abriera de capa.

Ante la inminencia de su destrucción a manos de Obregón, el laborismo encabezado por Morones tuvo que jugársela: buscar un nuevo espacio que no lo eliminara del juego político aceptando el dominio del obregonismo, o bien romper con el sonorese “con la esperanza de que un

LIBROS

golpe de suerte frenara al obregonismo, por ejemplo, contar con la complicidad del Ejecutivo para hacer desaparecer al candidato reeleccionista”.

“Esta hipótesis es factible”, escribe Loyola Díaz.

El 4 de marzo de 1929 nace en Querétaro el PRI con su primer nombre, el PNR. Muerto Obregón, se acabó la rabia que le tenían y “el Estado pudo empezar a ejercer su poder no tanto por intermedio de las grandes personalidades sino a través de instituciones”. Fue la contribución más importante del general Calles.

Filtro seleccionador de quienes ocuparían los puestos estratégicos de la administración pública, el PNR “también dedicaría su atención a las clases populares para obligarlas a aceptar e identificarlas con el programa de la clase dominante en pleno proceso de reorganización y expansión”.

Conclusión: “La historia ha demostrado que el producto callista de los años críticos de 1928-1929 ha cumplido fielmente su cometido: no podemos entender la forzada estabilidad política del México moderno sin considerar el papel que tan efectivamente ha desempeñado el partido oficial.”

La asepsia del lenguaje historiográfico, su elusión de las adjetivaciones, la seriedad del cauteloso historiador, nos ofrecen de todas maneras un texto que se lee con placer, breve (160 páginas), y que permite añadir el nombre de Rafael Loyola Díaz al de las nuevas, jóvenes estrellas de nuestra historiografía que escriben libros como novelas (dicho sea en su favor y no en su desdoro).

Lo que podría pasar con su discurso es que, aunque nos duela, le dé cuerda teórica al sector progresista (la mejor carta, la mejor coartada) de nuestro mal gobierno y sustancia argumental para justificar cualquier trapacería, o crimen, en nombre de



la eficacia política y las razones de Estado. Pero ése ya no es asunto del historiador ni, desde luego, de los inspectores de la policía.

FINGIENDO DEMENCIA EN MONTPARNASSE

POR GUSTAVO GARCÍA

Oliver Debroise, *Diego de Montparnasse*, México, 1979, Fondo de Cultura Económica, 135 pp.

Diego Rivera viviendo en Montparnasse. Una figura exótica y desmedida que atraviesa apasionadamente por los últimos años de la belle époque, la primera guerra mundial, el inicio de los “años locos” del nuevo reparto político y económico de la Europa postbélica, los embriones del existencialismo, el dada y el surrealismo; un barrio, un espacio que es un espíritu, un modo de vida, la concreción de París como destino final del latinoamericano (por ahí reposaba en paz el antecesor directo de Rivera y pionero de Montparnasse, Julio Ruelas, enterrado cerca del boulevard para que desde allí pueda yo descansar oyendo el taconeo de las muchachas del barrio”), centro de agitaciones políticas y artísticas, donde Lenin toleraba a su vecino Tristan Tzara, Stravinsky escandalizaba con el estreno de *La consagración de la primavera*, la amante de Modigliani se arrojaba, embarazada, desde una ventana al morir el pintor, y Diego inspiraba a Ilia Ehreburg personajes y anécdotas de Julio Jurenito; “el cubismo, el futurismo y también la Revolución Socialista, el dadaísmo y el surrealismo, el muralismo mexicano se gestaron en Montparnasse” (p. 109). Años después, ya en México, Carlos Pellicer preguntó a Rivera: —Diego, ¿qué tanto hiciste durante diez años en París? —¡Hacerme pendejo!

El ensayo de Oliver Debroise, *Diego de Montparnasse*, es el intento más logrado hasta la fecha en México de entender la biografía como una intencionada reconstrucción y revisión de ambientes, modos de vida y actitudes ocultando hábilmente la primera persona del autor (sólo muy evidente en cierto melodramatismo de la prosa: “Su dedos se quedaban tiesos frente al papel blanco. ¡Enfermó!”, p. 80), centrando el campo de estudio a una etapa breve y precisa, vista como un sistema complejo de relaciones sociales e individuales, históricas e íntimas que se afectan entre sí e imponen con su propio impulso el discurso; es la antípoda del homenaje supercondensado, profundamente sentido y remitificante de proyectos tan ambiciosos e imposibles como *Se llamaba Vasconcelos* de José Joaquín Blanco, o el más convencional *Daniel Cosío Villegas* de Krauze. Debroise, el más dotado de los nuevos estudiosos de las artes plásticas mexicanas, autor de una de las grandes hazañas de la historiografía moderna (reducir a cinco páginas de la mitología e historia del cine mexicano en un artículo publicado en *Nouvelles du Mexique*, No. 86 y 87, julio a diciembre de 1976) organiza con una notable capacidad de síntesis las fuen-

tes más dispersas (cartas, folletos, memorias, creación literaria, pintura) para construir la imagen contradictoria y excesiva de un Diego Rivera en plena formación, mitómano, con desplantes de genio, envidioso de las coincidencias estéticas de sus compañeros cubistas, un fauno con inmensa suerte con las mujeres, añorante no tanto del México porfiriano en que vivió sus primeros años, sino del revolucionario del que recibe descripciones fragmentadas y deformadas por los porfiristas exiliados y los villistas de paso en París, sufriendo las obligadas hambres de un artista mexicano becado en momentos de crisis en su país y con la inevitable entrada de Francia en la primera guerra mundial, descubriendo con la guía de Elie Fauré los alcances didácticos e informativos del muralismo italiano del *Cuattrocento*, desesperado por ir a la Rusia sublevada para apoyar el naciente experimento soviético en el que estaban involucrados muchos de sus grandes amigos del barrio.

Debroise desarrolla en sus puntos más significativos dos procesos semejantes de madurez que son al mismo tiempo el final de una etapa vigorosa e inquietante: la estancia de Rivera en París, de septiembre de 1911 a junio de 1921, marca tanto su etapa más desafortunadamente experimental (el cubismo, la "máquina de Rivera" para ver la cuarta dimensión, el intenso contacto con la teoría socialista) como el delirio equivalente que dominó a una Europa aún autosuficiente y satisfecha (más moral que materialmente), cuyo prestigio y dominio imperial aún no era turbado por movimientos libertarios y la competencia yanqui, una Europa que entendió (o vivió) la decadencia de su inoperante geografía y estructura sociopolítica como una desesperada explosión creadora, orgiástica y melancólica al mismo tiempo, con sus mejores momentos eliminados de golpe, sin solución de continuidad (la belle époque sepultada bajo los efectos de las primeras armas modernas, que dejaban atrás a la guerra viril hombre a hombre para volverla una pesadilla abstracta. Una imagen sintomática: los caballos salían al combate con máscaras antigases). En gran medida, el libro de Olivier Debroise está animado por la melancolía de recuperar ese tiempo perdido y el modo como se perdió; la labor del autor es más la de un reseñista que la de un crítico (a diferencia de J.J. Blanco), con todas sus defensas reflexivas vencidas de antemano y entregado por completo a la fascinación del mundo que describe y a su lenta declinación, su gradual institucionalización (Picasso y los surrealistas vistos en los 20's como prestigios culturales sólo repudiados por los fascistas de la Action Française; Rivera embarcándose en el proyecto muralista de Vasconcelos y otros mecenas. Pero ése ya es otro cuento). Hay en todo el libro la minuciosidad enternecedora por reconstruir un mundo diferente (y, por lo tanto, mejor) que el actual, por oponer la vivacidad crepuscular del pasado a la muerte siempre cenital del presen-

te. Es una de las mejores maneras de consignar la historia.

LA GUERRA INTERNA

POR MARGARITA PINTO

Volodia Teitelboim: *La guerra interna*, Joaquín Moritz, México, 1980.

Aproximadamente desde la década de los 60 hasta nuestros días han surgido en los países más desarrollados de América Latina fenómenos políticos muy diversos que, en conjunto, tienen cierta semejanza parcial y dentro de una perspectiva histórica —seguramente secundaria— con el modelo fascista europeo.

El término fascista se ha venido aplicando, desde los años 30, a todos los regímenes militares latinoamericanos. En cierta medida resulta de gran utilidad retomar este concepto tal y como se aplicó, durante esa misma época, en Italia y Alemania. Sin embargo, habría que establecer que existe una clara diferenciación entre lo que fue la Europa entreguerras y lo que son los golpes militares en Latinoamérica. Evidentemente, éstos últimos son una copia adulterada del fascismo. Los militares latinoamericanos se han especializado en la utilización de uno de los recursos emocionales implantados en la Europa fascista: el enaltecimiento de la patria, para lo cual, los nuevos jefes de Estado se arrojan el derecho de dirigir determinado país y de modi-

ficar arbitrariamente la Constitución; logrando así mantener tanto el gobierno como el poder relegado —y en su caso, censurado— los partidos y los sindicatos, principalmente.

Sin embargo, esto no es nuevo. En Latinoamérica existe una tradición de gobiernos tiránicos que marcaron el siglo XIX en la mayoría de las naciones. Dictaduras unipersonales impuestas sin otra ley que la fuerza brutal.

En este sentido valdría la pena recordar lo que dice Lévy-Strauss acerca del mito que es el patrimonio de los pueblos sin historia; incluso sin máquina para suprimir el tiempo. La novela, en cambio, es el patrimonio de los individuos cuyo destino es el porvenir que se inventan.

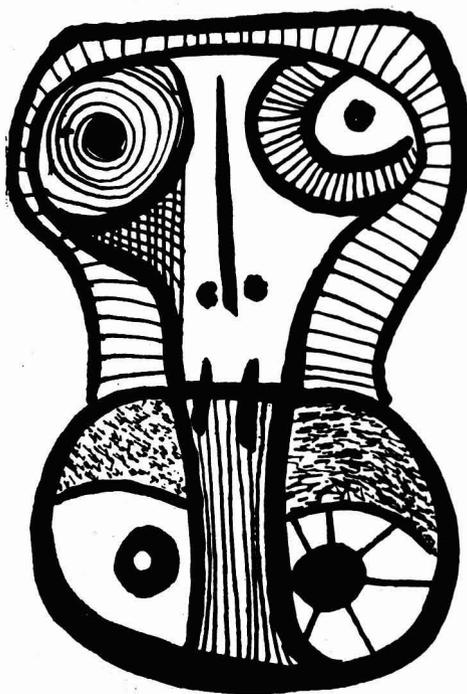
Durante la década de los 70 surge en América la novela de la dictadura; género del que se destacarían *Yo, el supremo*, de Roa Bastos, *El recurso del método* de Alejo Carpentier, *El otoño del Patriarca* de García Márquez y *El palo ensebado* de René Depestre, entre otras. Todas ellas fijan al arquetipo del dictador latinoamericano, el anti-héroe monstruoso, el esperpento que ha sido, quizá, el principal sentido de la literatura latinoamericana. El dictador se convierte repentinamente en un ser omisciente, a la vez que repulsivo, y ejerce el poder atropellando todo lo que para él puede ser un obstáculo; encarna la degradación extrema del ejercicio del poder y el universo social y el ser humano son groseramente simplificados.

Todas estas novelas de un modo global mantienen un digno nivel literario, a la vez que alcanzan una repercusión social, factores éstos, por lo general, muy difíciles de conseguir en el género de la narrativa política.

Volodia Teitelboim, escritor chileno y dirigente político, relata en *La guerra interna* la lucha del pueblo chileno contra la dictadura de Augusto Pinochet. El propio Teitelboim ha declarado que se trata de una "novela del dictador" y no de la dictadura, aunque evidentemente hay ciertas constantes que no escapan a toda la tradición.

El tema central es la caída del Gobierno Popular y la implantación del nuevo jefe de Estado que mueve su sistema con una individualidad poderosa y sombría y ansía vivir eternamente en el poder. Su imagen se va configurando a lo largo de la novela hasta que llega a gobernar con toda su avasalladora prepotencia.

La historia la conocemos a través de un testigo, Esperanza a Pesar de Todo, una sencilla mujer que está tratando de encontrar a su hijo desaparecido. El poeta (Neruda), asiste a su propio funeral y ambos empiezan a recordar cómo sucedió todo. *La guerra interna* es una novela eminentemente emotiva que tiene la apariencia de la realidad porque constantemente se hace mención a ciertos lugares, fechas y nombres de personas reales que en un momento dado existieron, y participaron, de un



lado u otro, en la caída del gobierno de Allende.

Hay, por otra parte, un narrador omnisciente que, al igual que Esperanza, se expresa con frases sencillas que resumen una fábula real y sin humor. Los personajes se ordenan por la lógica más arbitraria: la memoria y la emoción. El dictador recibe asesoría de los agentes de la Central de Inteligencia encarnados en algunos protagonistas cinematográficos como Drácula, Frankenstein o Boris Karloff, para de esta manera enfatizar lo espeluznante de los hechos, creando así un mundo hostil y represivo, representado por fuerzas telúricas que actúan detrás de él. Poco a poco se va fraguando entre ellos la forma en que darán el golpe y lo que vendrá a ser el nuevo gobierno. Teitelboim permite al lector conocer íntimamente al tirano, con lo cual se despierta el recuerdo de un acontecimiento cruel donde aún no ha terminado lo oscuro de la represión.

La novela, en resumen, está escrita como una necesidad de catarsis, en donde *pathos* y tradición van de la mano y queda plasmada la realidad sórdida y frustrante en la que se halla inmersa la conciencia de todo un continente.

VALADÉS: SUEÑOS Y DESEOS

POR FEDERICO PATÁN

Edmundo Valadés, *Sólo los sueños y los deseos son inmortales*, Palomita, Editorial Diana. 1980

Hay en Edmundo Valadés una profunda sabiduría de cuentista: ningún secreto de este género tan difícil —el cuento— parece escapársele, y acierta con infalible tino en dar con la atmósfera, con el tono, con el lenguaje adecuados para cada narración. Podemos comprobarlo en *Sólo los sueños y los deseos son inmortales*, Palomita, su último volumen publicado. Desentendámonos de la solapa, cuyo deber es promover la venta del libro: peca al insistir en ciertos rasgos de valor secundario, como el sexo, y olvida elementos verdaderamente importantes. En Valadés el sexo no es motivo de atención primaria, excepto desde el punto de vista del argumento. En Valadés el sexo es puerta de acceso a variadas expresiones de la angustia humana.

Por ejemplo, la unión física es momento culminante de la relación amorosa en cuanto que allí, en esa unión, el hombre busca aliviar su soledad ontológica. A veces, quizás demasiadas veces, tropieza el protagonista con una realidad que lo frustra, ahondándole la miseria. Dice entonces: "descubrí tu expresión dura, con aire de rapiña, avejentada, sórdida", y culmina su desengaño asesinando a la engañadora. No hay celos. El engaño consiste en que el hombre vio cancelada su probabilidad de compañía.

De un modo sutilmente paralelo a esto, "El compa" narra cómo, por evitar verse abandonado, un hombre acusa falsamente de adulterio a la mujer de su mejor amigo. Cae éste en asesinar a la supuesta traidora y la pareja, asesino y compa, vuelve a unirse. Curioso, pero no desusado, triángulo, en el cual halla expresión una de las grandes problemáticas del mexicano: su relación tormentosa con la mujer, su proclividad a la compañía exclusivamente masculina y su probable homosexualismo latente. Y por encima de todo ello, el miedo terrible a la soledad. Si en "Palomita" el protagonista asesina porque de pronto se ve sólo (y en calidad de presa), en "El compa" hace asesinar por no verse sin amigo.

"Las piernas" nos pone en contacto con otro tipo de soledad; con otro más "El extraño" y uno nuevo encontramos en "El cuchillo". Así, la soledad surge como uno de los temas obsesivos de este volumen de cuentos. El amor, expresado generalmente a través del acto sexual o de elementos eróticos, queda como la única respuesta — posible pero lejana— a dicha soledad.

Mas con esto no agotamos el libro. También tenemos en él la presencia constante de la violencia, presencia ejercida desde distintos ángulos, presencia que magníficamente expresa la inseguridad del vivir ciudadano. Con notable malicia de narrador, Valadés hace surgir la agresividad en el momento preciso, cuando habrá de dañarnos, como lectores, con igual dureza que a los protagonistas. Y puede tratarse de la violencia directa de "Rock" o de la más oculta, aunque no menos viciosa, de "Las piernas"; tal vez la amenaza proceda del interior mismo del hombre, como en "El cuchillo". Sin embargo, en todos los

casos habrá violencia. Violencia y soledad se establecen, por tanto, como pilares gemelos sobre los cuales Valadés asienta su mundo. Y contra ellos lanza el autor la precaria esperanza del amor y de la compañía.

Ahora bien, temas tan obsesivos dan lugar a cuentos sumamente variados. Aquí demuestra Valadés a qué grado es dueño de un oficio envidiable, que conjuga la diversidad de vestido con la unicidad de intención. La primera parte, la diversidad de vestido, aparece en la anécdota, como hemos dicho ya, pero también en la elección de lenguaje. Cada personaje habla —nos habla— a través del idioma que le corresponde de un modo natural: Tenemos la pedantería intelectualoidé de quien protagoniza el primer cuento; tenemos la elegancia triste del anciano que deleita sus ojos en dos jovencitas; tenemos la sabrosura populachera del compa; tenemos la neutra precisión de algunos cuentos cortos.

También el enfoque es parte de aquel vestido que mencionábamos. La diversidad se presenta aquí, una vez más, certera: monólogo interior en el primer cuento, si bien lanzado en mente hacia un interlocutor invisible; la desgarrada narración en primera persona de "Rock"; la narración en segunda persona de "Las piernas" o aquella en tercera persona de "La cortapisa". Captamos en los cuentos un empeño amoroso por parte del autor: llegar en cada caso a la mejor expresión de un propósito. En cada caso, el empeño triunfa. No significa esto que todas las narraciones convengan por igual, pues en gran medida la jerarquización estará en razón de los gustos aportados por el lector. Quiero decir con ello algo muy sencillo: todos los cuentos del volumen son ejemplo de buen hacer, pero en algunos reina demasiado la sabiduría del escritor. Desde mi perspectiva particular, "Palomita" es el cuento menos aceptable: tiene como centro un personaje cuya manera de ser —y "ser" incluye el habla— rechazo, aunque pueda comprender las motivaciones de la conducta en la anécdota expresada, y aunque reconozca las virtudes que, en cuanto género, este cuento presenta.

Dejo dicho en todo lo anterior que *Sólo los sueños y los deseos son inmortales*, Palomita me place mucho. He dado mis razones y puedo agregar otras: incluye Valadés en su universo narrativo el ramalazo de lo inexplicable, y penetra en sus cuentos una atmósfera de misterio que pone en manos del lector la tarea de meditar sucesos paranormales. Es, el de Valadés, un mundo visto a partir del hombre; tiene la mujer en él un papel pasivo, de simple receptora de sentimientos y actos. Unese así la obra de Valadés a una tendencia literaria mexicana que sería muy productivo explorar, dados sus interesantes parámetros socio-culturales. Están llenos los cuentos de este volumen de una nostalgia ofrecida al lector de mil maneras; impregna dicha nostalgia la visión del mundo que, como un todo, sirve de línea conductora al autor; nostalgia por los momentos ya irrecuperables que, en un tiempo dado, fueron motor de la vida. Y esa nostalgia, esa tristeza, ennoblecen el libro.

